

Al ver venir el golpe se repliega,  
Que lo hendiera sino como á una caña.

Sangre caliente que la tierra riega  
Sobre las armas de Zerbino salta,  
Y su túnica esmalta,  
Cual roja banda el argentado paño  
Que bordaron los dedos de la dama  
En cuyo ardor mi corazon se inflama.

Poco á Zerbino hoy vale  
Su denuedo, su furia y su ardimiento,  
Que mucho por sus armas y su aliento  
El tártaro á su lado sobresale.

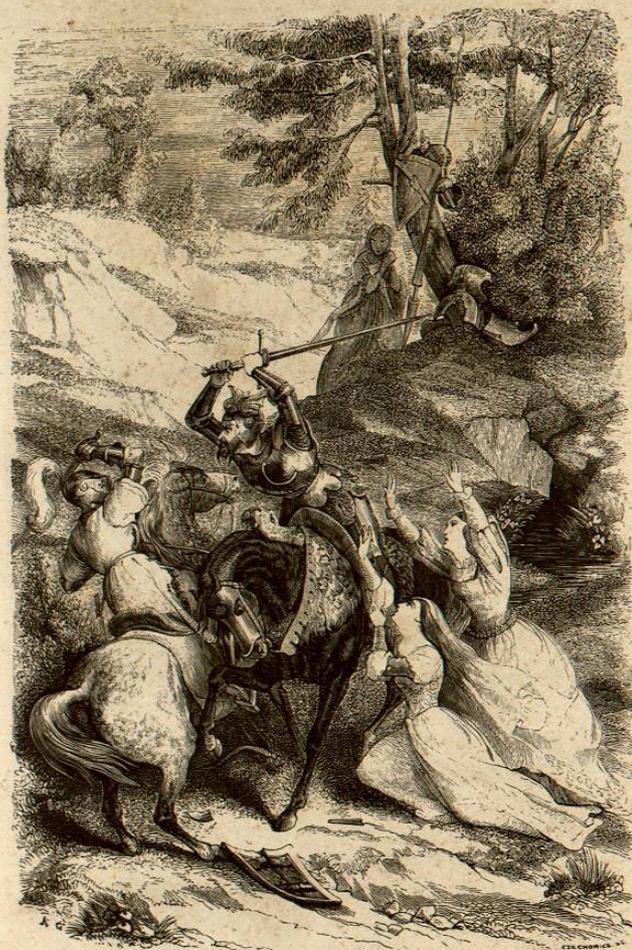
Al mirar de este golpe la violencia,  
Menor en realidad que en apariencia,  
Destrozado Isabel siente su pecho.  
De arrojo y de despecho  
Lleno Zerbino, el hierro levantando,  
A descargarlo vino

Del musulman sobre el almete fino,  
Que, á no estar encantado,  
De su cabeza hubiera separado.

Sobre la crin del bruto el cuello dobla  
A la fuerza del golpe Mandricardo;  
Mas, presto levantándose y gallardo,  
Le injuria, le amenaza y le acomete,  
Y hasta, el pecho esperando dividirle,  
Le da un golpe terrible en el almete.

Zerbino, que la vista  
Tiene fija en el moro, su caballo  
Vuelve con mano lista,  
Mas no tanto que aquel de arriba abajo  
El broquel de un revés no le partiera,  
Y que de un solo tajo  
La cota y el brazal no le rompiera,  
Y en el muslo y el brazo no le hiriera.

Por aquí y por allí Zerbino en vano  
Furioso herir al musulman procura,  
Cuya fuerte armadura



Doralice é Isabel intentan separar á Mandricardo y Zerbino.  
(T. II, p. 14.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cole. 1425 BONTERRA 1907.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tolloc

Rechaza tanto y tanto golpe insano,  
Y cuyo brazo crudo  
Sobre Zerbino tal ventaja obtiene,  
Que, rompiéndole el yelmo y el escudo,  
A herirle en siete ú ocho partes viene.

De ellas la sangre en abundancia brota,  
Y, á su ardor temerario obedeciendo,  
Que sus fuerzas se apagan él no nota.  
El riesgo grave de su amante viendo,  
Hacia la hermosa Doralice llega  
Isabel, y la ruega, y la conjura  
Haga cesar aquella atroz refriega.  
Magüer que de lograrlo no segura,  
Cuanto bella cortes la dama mora  
A Mandricardo implora  
Porque deponga las sangrientas armas.  
Tambien la voz que adora  
Zerbino oyendo, olvida sus alarmas,  
Su empresa olvida, y dócil por la huella  
Camina que le traza la doncella.

Flordelis, que del conde abandonada  
Ve de aquel modo la famosa espada,  
El cabello se mesa  
Y llora de dolor. De Brandimarte  
Digna juzgando esta gloriosa empresa,  
De ella hablarle propónese, segura  
De que á cualquiera parte  
Do hallarse pueda, al moro  
Volará á disputar este tesoro.

En vano, por buscalte, noche y dia  
Corre empero sin tregua Flordelis;  
Que mientras él á Paris sus pasos guia  
Ella vase alejando de Paris.  
Inquieta asi vagando,  
Hallóse un dia al infelice Orlando.  
Mas diferir esta aventura quiero,  
Por retornar al escoces guerrero.  
No bien partió Zerbino,

De haber abandonado á Durandarte  
 La triste idea á fatigarle vino,  
 Y á exacerbar la cuita que, violenta,  
 Su espíritu y sus miembros atormenta.  
 Falto de sangre, en su caballo apénas  
 Tenerse puede ya; calmada su ira,  
 La vida poco á poco se retira  
 Y un helado licor cunde en sus venas.  
 Tal es en fin, tal es el mal que siente,  
 Que, seguir no pudiendo,  
 Se detiene á la márgen de una fuente.

Afligida, turbada,  
 Qué hacer y qué decir la dama ignora.  
 Sola, desamparada,  
 Léjos de todo auxilio, gime, llora,  
 È injusta y falsa á la fortuna llama.  
 « ¿Porqué, ¡oh bárbara! » exclama,  
 « En el seno del mar no me sumiste  
 « Cuando tan cerca de espirar me viste? »

Del escoces los apagados ojos  
 Tiernas miradas sin cesar dirigen  
 A su cara Isabel, cuyos enojos,  
 Mas que su propio padecer, le afligen.  
 « Ámame, » le decia,  
 « Aun despues de mi muerte, ¡oh vida mia!  
 « No siendo porque sola aquí te dejo  
 « Sin amparo y sin guia,  
 « Con el placer mas vivo  
 « La muerte, oh caro bien, recibiria,  
 « Pues que en tu hermoso seno la recibo.  
 « Mas, ya que inicuo y duro  
 « El destino dispone  
 « Que en tan crítico instante te abandone,  
 « Por esa boca y esos ojos bellos,  
 « Por aquellos cabellos  
 « Que tantas veces he halagado, juro  
 « Que con dolor, desesperado, bajo  
 « A la inferna mansion, donde el recuerdo

« Del tesoro que pierdo  
 « Será de mi alma el mas atroz trabajo. »  
 Del pesar que le oprime  
 Por sus ojos vertiendo las señales,  
 Inclínase Isabel, y tierna imprime  
 Un ósculo en los labios de Zerbino,  
 Marchitos ya cual rosa  
 Que, en sazón no cortada,  
 Viene á morir sobre la rama hojosa.  
 Y de ellos en los suyos recogiendo  
 El postrimero espíritu vital,  
 « No pienses, no, » le dice,  
 « Que en este suelo de incesante mal  
 « Tu Isabel infelice  
 « Viva una hora sin tí. Contigo, unida  
 « Por un vínculo eterno,  
 « Subiré al cielo, ó bajaré al infierno;  
 « Y, si la fuerza del dolor la vida  
 « No me quita, te ofrezco  
 « Que esta espada, mi pecho atravesando,  
 « Pondrá fin á las penas que padezco.  
 « ¡Ah! de mi desventura  
 « No es fácil que el rigor á punto llegue  
 « De que, pasando por aquí, se niegue  
 « Nadie á darme á tu lado sepultura. »  
 La débil voz Zerbino reforzando,  
 « Vive, » le dice, « vive, idolo mio;  
 « Por el amor que me mostraste, cuando  
 « De Galicia dejaste el señorío,  
 « Yo te ruego, te mando,  
 « Si es que mandar me es lícito, que la hora  
 « Aguarden en que á sí te llame el cielo.  
 « Y que jamas olvides el desvelo  
 « Con que amó vivo el que muriendo adora.  
 « El apoyo divino  
 « Que de la mar sañuda  
 « Te salvó y del furor de Vizcaino,  
 « El que á la negra cueva á darte ayuda

« Mandó, no ha mucho, al Senador romano  
 « De todo acto villano  
 « Tu juventud preservará sin duda;  
 « Y si no fuese así, si al fin forzoso  
 « Fuese el morir, elijase á lo ménos  
 « El género de muerte mas honroso. »

Estas, que no imagino  
 Entendiese la virgen, estas fueron  
 Las últimas palabras de Zerbino,  
 Cuyo espíritu apaga  
 La sangre que se escapa de su llaga.

¿ Quién es capaz de figurarse agora  
 De Isabel el quebranto, cuando advierte  
 El hielo de la muerte

Sobre el pálido rostro del que adora  
 Cabe el yerto cadáver de rodillas,  
 Con abundantes lágrimas lo riega,  
 Y de tal modo á su dolor se entrega,  
 Que en torno á muchas millas  
 Se oyen sus ecos. Ciega  
 De furor, sus mejillas

Araña sin piedad, rásgase el pecho;  
 El caro nombre repitiendo en vano,  
 Los cabellos se mesa,  
 Y, con altiva é inobediente mano,  
 Iba acaso á faltar á su promesa,  
 Si allí por caso extraño  
 No se acercara en esto un ermitaño,

Que de aquella mansion fresca y sombría  
 En una celda próxima vivía.

Alta bondad á natural prudencia  
 El venerable anciano reunia.

Lleno de caridad y de elocuencia,  
 A la virgen exhorta á la paciencia,  
 Y del nuevo y del viejo  
 Testamento descubre á su presencia  
 De ilustres hembras luminoso espejo.  
 Recuérdale en seguida que no existe,

Fuera de Dios, contento ni ventura;  
 Que en esta vida transitoria y triste  
 El duelo es largo, y el placer no dura.  
 Tanto le dice, en fin, que de su intento  
 La virgen se desiste,

Y al ardiente deseo no resiste  
 De consagrar de su existencia el resto  
 Al servicio de Dios. Mas no por esto

De aquel que tal tormento le ocasiona  
 Ni el amor ni el cadáver abandona  
 Llevarselo consigo se propone,

Y, del viejo el apoyo requiriendo,  
 Sobre el triste corcel al héroe pone  
 Y las selvas así va recorriendo.

Solo con la doncella  
 Hácia su oculta y solitaria estancia  
 No quiso el viejo dirigir la huella,  
 Pues, sus años no obstante y su prudencia,  
 No tiene la jactancia  
 De juzgar sin peligro esta experiencia.

Junto á Marsella existe en la Provençia  
 Un hermoso convento  
 De religiosas vírgenes poblado.

Guiarla allí es su intento;  
 Y, entrándose á su paso en un castillo,  
 Despues de haber del misero caudillo  
 El cuerpo con esmero embalsamado,  
 Con paz la caja en que lo pone cierra.

Grande espacio de tierra,  
 Durante muchos dias recorrieron,  
 Por los sitios mas ásperos é incultos;  
 Que aquel teatro de incesante guerra  
 Era su intento atravesar ocultos.

Mas un guerrero al cabo descubrieron  
 Que, en alta voz llenándolos de insultos,  
 Vino el paso á estorbarles. Por decirlos  
 Quien este fuese otra ocasion aguardo,  
 Y torno agora al fiero Mandricardo.

Terminada la lucha , va volando  
A refrescarse el moro hácia la fuente,  
Y á su corcel dejando  
Pacer la fresca yerba libremente,  
La vista en torno tiende  
Y ve en lo alto del monte  
Un caballero que hácia allí descende.

Reconócelo al punto Doralice ,  
Y, « él es, » temblando á Mandricardo dice ;  
« Él es, si no me engaño, Rodomonte  
« Que su esposa sin duda á buscar viene,  
« Y á vengarse de aquel que la detiene. »  
Cual gayilan que, hácia él de léjos viendo  
Venir una perdiz ó una paloma,  
Se llena de placer; así, creyendo  
Ya haber vencido á su rival, asoma  
El contento á la faz de Mandricardo,  
Que á su corcel acércase, y gallardo  
Ocupando su arzon, sus riendas toma.

Cuando del uno el otro tan vecino  
Que ser pudo escuchado, á verse vino,  
Las manos agitando y la cabeza,  
A denostar empieza  
El rey de Argel á su rival. « Castigo  
« A dar voy, » dice, « á tu arrogancia loca,  
« Que nunca impunemente á un enemigo  
« Cual el que enfrente tienes, se provoca. »  
« De vanas amenazas no me asusto, »  
Mandricardo respóndele; « á mujeres  
« En buen hora esas voces intimiden,  
« Mas no á guerreros, que en la lid con gusto,  
« A caballo y á pié, sus armas miden.  
« En vano, digo, intimidarme quieres;  
« La guerra es el mayor de mis placeres. »

Cual viento que respira  
Blando al principio, luego, poco á poco  
Acreciéndose, brama, y lleno de ira  
Los árboles conmueve y los arranca,

Y redoblando su coraje loco,  
El mar y el cielo agita con tormenta,  
Casas derriba, y hasta allá en el seno  
De la selva engolfándose, amedrenta  
Al tímido ganado con el trueno.  
Por grados de igual modo se acrecienta  
La furia de uno y otro sarraceno.  
Iguales en denuedo y en pujanza,  
Temblar en torno suyo hacen el suelo,  
Y, á cada golpe que al contrario alcanza,  
Centellas mil al cielo,  
Repercutido, cada acero lanza.

Sin descansar, sin respirar siquiera,  
Duro gran rato esta áspera batalla,  
Buscando ambos con saña carnicera  
De su enemigo á destrozár la malla.  
Avanzar ambos quieren, mas muralla  
De acero siempre á su furor se opone,  
Y el campo palmo á palmo se disputan  
Sin que ninguno al otro lo abandone.

Entre otros mil, con tanta fortaleza  
Furioso un golpe el tártaro descarga,  
Que la fuerza y los ánimos embarga  
Al monarca de Argel. Con la cabeza  
Viene á tocar de su corcel la grupa,  
Y el arzon casi casi desocupa  
Ante la dama bella  
Que provocara esta fatal querella.

Mas cual, con mayor ímpetu, á medida  
Que del arco encorvado  
Se violenta el acero bien templado,  
La silbadora flecha es despedida;  
Así de nuevo, el rey de Argel gallardo  
Alza la altiva frente,  
Y con su espada torna prestamente  
A devolver su golpe á Mandricardo.

Bien que su cota, fuerte cuanto antigua,  
La violencia amortigua

Del golpe atroz, privado de sentido  
 Queda el rey de Tartaria. De fiereza  
 El de Argel redoblando, le acomete.  
 El riesgo ve que amaga á su jinete  
 El tártaro corcel, y se apercibe  
 Un salto á dar veloz, cuando recibe  
 Un furibundo golpe en la cabeza.  
 Por el troyano almete  
 No llevándola el triste defendida,  
 A tierra sin tardar cayó sin vida.

Cayó; mas, en sí vuelto,  
 El suelo apenas Mandricardo toca,  
 Se alza, y la lucha á proseguir resuelto,  
 Con nuevo ardor á su rival provoca.  
 Rodomonte, furioso, su caballo  
 Lanza contra él. Inmóvil cual la roca,  
 Al recio embate el tártaro á pié queda;  
 Y por el suelo, en vez de derribarlo,  
 Con su corcel el argelino rueda.  
 Veloz soltando entónces el estribo,  
 Se pone en pié; de cólera mas llenos  
 Cada vez los dos fuertes agarenos,  
 La lucha empiezan con ardor mas vivo.  
 Cuando allí se detiene  
 Un mensajero que á anunciarles viene  
 De parte de Agramante el grave riesgo  
 En que se encuentra el campamento moro,  
 Si á protegerle sin tardar no llegan  
 Los muchos paladines  
 Que de Francia por todos los confines  
 A aventuras estériles se entregan.

Por su traje y enseña, y por el modo  
 De manejar sus armas sobre todo,  
 A los héroes bien presto  
 Conoce el nuncio; mas tambien conoce  
 Que si de separarlos se entremete,  
 Su carácter quizá no se respete,  
 Y á serle venga el mucho ardor funesto.

Reflexionando en esto,  
 A Doralice llégase y le cuenta,  
 Que Agramante y Marsilio,  
 Con el rey de Granada Estordilano  
 Y con algunos otros, sin auxilio  
 Asediados estan por el cristiano.  
 Cuéntale todo y ruégale que trate  
 De hacer cesar aquel feroz combate

Entre los dos guerreros la doncella  
 Animosa interpónese, gritando:  
 « Por el amor que me teneis, os mando  
 « Que, suspendiendo esa fatal querella,  
 « A dar vengais conmigo  
 « Vuestro apoyo á la hueste de Agramante,  
 « Que, en sus tiendas sitiada, á cada instante  
 « Teme verse en poder del enemigo. »

A tomar vuelve el nuncio la palabra;  
 Y al del Argel refiriendo  
 De su causa y su gente el riesgo horrendo,  
 Cartas le da del hijo de Trojano.  
 Leidas, se conviene  
 En que su enojo cada cual refrene,  
 Y en que una tregua se haga  
 Entre ellos, observable todo el tiempo  
 Que dure el riesgo que á su rey amaga.

Sin mas tardanza, pues, del un guerrero  
 El otro se separa, no dudando  
 (Cual si ya hubiesen al frances vencido  
 Y puesto en libertad al moro bando)  
 Volver presto al combate  
 Que decida á cual de ellos pertenece  
 La que su amor al vencedor ofrece.

La Discordia, enemiga  
 Del concierto y la paz, y la Soberbia,  
 Que esta escena presencian, no se avienen  
 A que á la lucha aquella tregua siga.  
 Ambas empero tienen  
 Que ceder al amor, de quien yo pienso

Que incontrastable es el poder inmenso.

La tregua cual convino  
A la que árbitra fué de su destino,  
Firmóse pues. Privado  
De corcel el un moro,  
Ve en esto á Bridadoro,  
Que en libertad retoza por el prado.  
Mas mi canto en extremo se prolonga,  
Forzoso es pues que término le ponga.

### CANTO XXV.

Rodomonte y Mandricarlo se dirigen á Paris. — Historia de los amores de Ricardeto y Flordespina. — Carta que dirige Roger á Bradamante.

¡ Oh ! cuál en pecho juvenil contrasta,  
Con impetu de amor, ansia de gloria,  
Mientras el ingenio mas sutil no basta  
A decidir quien gane la victoria!  
En ambos moros tiene tal prestigio  
La idea del deber, que en el instante  
Por volar al socorro de Agramante  
Su furia aplacan, cesan su litigio.

Mas pudo empero amor; que, si no fuera  
Porque así se lo manda su señora,  
Espada destructora  
Trágico fin á aquella lid pusiera,  
Y de la gente mora  
Quedara sin apoyo la bandera:  
Así pues el amor, si una vez daña,  
Causa otra vez es de fortuna extraña.

Por salvar al ejército pagano  
Pártense pues con la gentil doncella  
Los dos moros, seguidos del enano  
Que del tártaro anduvo por la huella,  
Hasta que, por fatal secreto influjo,

A su presencia al rey de Argel condujo.  
Así llegan á un prado do, tendidos  
Cabe un arroyo, estan sobre la grama  
Cuatro guerreros y una bella dama.

Quien fuesen ya diré; que hablar agora  
Quiero del buen Roger, del bravo mozo  
Que el mágico broquel lanzó en el pozo.  
Una milla corrido apenas habia,  
Cuando un correo en advertir no tarda  
De los que el hijo de Trojano envia  
A los guerreros cuyo apoyo aguarda.  
Por él sabe que puesto Carlos tiene  
En tal conflicto al moro,  
Que, si á darle socorro nadie viene,  
Perecerá cubierto de desdoro.

Asaltado Roger por mil ideas,  
Sin saber por cual dellas se decida,  
Del mensajero se despide, y vuelve  
Hácia el paraje do quedó la dama,  
En cuyo seguimiento  
Veloz corriendo, olvida  
Todo otro plan, todo otro pensamiento.  
Así, al ponerse el sol, llega á una tierra  
Que, en medio á Francia, el rey Marsilio habia  
Quitado á Carlos en aquella guerra.  
Las puertas se abren, álzanse los puentes,  
Y nadie el paso en detenerle piensa,  
Bien que de armadas gentes  
Defiende el foso multitud inmensa.

Al verle en compañía  
De la gentil y conocida dama,  
Nadie le preguntó como se llama,  
Nadie le preguntó de do venia.

Llega á la plaza, y nota una gran lumbre  
En torno de la cual la muchedumbre  
Al jóven contemplaba, cuya angustia  
Expresaba su faz pálida y mustia.  
Alzala en esto, y verla al héroe deja.